

LA ÚLTIMA LA PAGO YO (Monólogo de Beatriz en el Bar donde trabaja eventualmente llamado El Conquistador)

Recuerdo un día de huelga general aquí en el Conquis. Estaba monísima aquel día. Yo vine a abrir porque total, pongo copas de forma eventual, y mi jefe ni suele aparecer, y me encuentro en la puerta con un piquete informativo.

Bea coge de su bolso algunos elementos de maquillaje para arreglarse un poco. Se sienta en el taburete que hay fuera de la barra.

Les rogué que me informaran con pelos y señales pero dentro del Conquis. Le puse allí un mojito al sindicalista portavoz y la cosa se relajó un poco. El tipo era atractivo, y le sorprendió que no tuviera contrato después de seis años. Luego fui yo la sorprendida cuando en lugar de recibir las motivaciones necesarias para hacer la huelga y cerrar el Conquis, me salió con eso de que él podía echarme una mano, si yo me dejaba claro. Presumía de no necesitar Internet. Se limitaba a darle vidilla a sus enlaces sindicales y alquilar su pequeña empresa de luces y sonido al sindicato para todas sus fiestas y eventos. Me quedé impresionada.

Y de repente entró en el Conquis un tipo elegante, algo engominado, con toda la pinta de ser un liberal. Y qué casualidad, el sindicalista portavoz y el liberal se conocían de cursos de formación.

Y por primera vez en la historia, por lo menos en la mía, los trapos sucios de uno y de otro aceleraron un proceso de coqueteo conmigo que iba a convertirse descaradamente en un trío.

Ni que decir tiene que los mojitos iban cayendo, y después de hablar más de una hora del estado del bienestar, llegamos a un calentón imprevisto por mayoría.

Soltándose el pelo.

Las posturitas, y no precisamente políticas, las tuve que poner yo, que para eso me mantengo en forma. Y allí me vi envuelta en faena con un liberado y un liberal.

Pero como los dos insistían en aquello de “*déjame aclararte algunas cositas de tu partido*” les puse a los dos a trabajar el sexo oral para que tuvieran la lengua ocupada. Al liberal le puse en la zona alta de mi cuerpo

para que mantuviera su postura señorial, y al liberado le puse en la zona baja para darle la primicia de encontrarme el punto G.

La verdad es que no terminé de entender la filosofía del trío: quien empieza y quien remata. Aunque para ser mi primer trío no estuvo mal, contando con la presión social de que estábamos en pleno piquete. No está bien que yo diga esto, pero con políticos en pelotas se puede llegar a negociar lo impensable. Somos así.

Suena su móvil nuevamente. Se levanta a cogerlo.

¿Sí? Que ya les he dicho que no quiero que me regalen nada. Ah, sí, creo que está por aquí. Vale.

Saca de la barra una cabeza de indígena brasileño que guarda.

Parece que esta noche van a venir a recogerte. Ya era hora.

Puede que tengas suerte y conozcas a mi funcionario favorito, Benjamin Benítez, BenyBen como yo le llamo. Ayer me vino casi a las once. Al parecer últimamente se ha quedado solo y trabaja por todo su Departamento, una especie de Dirección General para la Promoción de la Igualdad y la Competitividad. Ahí sólo pueden trabajar los mejores.

Pero como BenyBen no le tiene miedo al trabajo, ha decidido doparse, si, si, doparse. Y hace bien. Como todavía no hay controles en la Administración se dopa. Si lo pueden hacer los deportistas, ¿por qué no lo va a poder hacer un funcionario?

Y se ha quedado solo porque, según BenyBen, en la Administración ya no hay dinero para funcionarios de su nivel. El es un nivel 20, pero me dice que solamente hay dinero para los niveles 30.

¿Qué no sabes lo que es un nivel 30?

Un Cuerpo de Elite, Personal de Confianza. Directores Generales, Subdirectores, Asesores: Asesores a distancia, Asesores que sólo susurran al oído, Asesores de Fiestas, Asesores de Farolas, ¿Me sigues? Un nivel 30 de la Administración es casi Dios. Algunos hasta se lo tatúan. Y hacen bien porque es de por vida. Hagan lo que hagan. Como si no hacen nada.

El problema es que se ha formado un atranco de este personal de confianza, y la estructura piramidal del trabajo público se ha invertido totalmente. Por eso, BenyBen ya no tiene un jefe, sino que tiene tres jefes niveles 30. Si, si. Normal que se dope.

¿Qué por qué se hizo funcionario, BenyBen?

No lo sé. Era un pintón. Nunca tuvo nada claro. Y un día que andaba pensativo por la calle, se topó con una masa enorme de personas, cien mil personas por lo menos. Creía que se reivindicaba algo gordo, se acercó a mirar, y fue succionado por aquella masa de Opositores. Y ya dentro de aquella masa de aspirantes a ser productivos algún día, pues no supo cómo salir de ella.

Por eso, BenyBen, me ha dado tanto la brasa para que yo me hiciera funcionaria. Y es que a los funcionarios con el sueldo fijo para toda la vida siempre les ha rechinado eso de la eventualidad. Pero es que, como yo le digo siempre a BenyBen: nunca me he encontrado con esa masa de opositores con la que él se topó. Yo solo me he encontrado con las masas de los grandes conciertos, como las de los Rolling, los AC/DC, lo normal.

El pobre BenyBen nunca me deja propina. Le ha pedido a la Administración que le pague las sustancias dopantes que toma, pero no hay tu tía. Se las tiene que pagar el.

Bea deja la cabeza del indígena brasileño en el suelo junto a la copia. Y se sienta en el taburete, pero ahora como un cliente más.

¿Bea, me pones un gin-tonic? Sabes que tengo una camiseta igualita a la tuya. Me la compre para la primera cena con Jaime. ¿Tienes hijos, Bea? A mí siempre me hubiera gustado ser madre. No sé, reconocerme en unas manos pequeñas, la mirada tierna. Y anda que no han pasado tíos por aquí a los que podía haber engañado. Ahora el único llanto de niña que suena en mi casa es el mío. En esos momentos aceptarías cualquier abrazo, de esos que te estrujan, y que tantas veces esquivamos.

Alguna noche me la he jugado. He salido a la calle, a buscar a alguien, con tal de no volver sola a casa. Alguna noche. ¿Bea, me pones esa copa?